

de su bien conocido valor que manifestó en este caso, montado aún en su caballo chorreando sangre por todos lados, infundió á la tropa un sentimiento de respeto hacia su General en Jefe, y deseo de imitar su ejemplo.

Los Señores Generales Yañez, Moreno, O'Horán, Echegaray y Cuellar, prorrumpieron en el acto en vivas al General en Jefe; la tropa siguió aclamándolo, y hubo un momento en que el entusiasmo llegó á su colmo. Este momento el General Comonfort lo aprovechó para aclamar á la patria, á la independencia y á nuestra gloriosa bandera nacional: recorriendo las filas, animando á las tropas, logró hacerlas formar de nuevo cerca de la Venta del Capulín; movimiento que le facilitó la presencia de la tercera División, que como reserva había sido conservada íntegra.

Presentóse, pues, una segunda línea de batalla, cuyo aspecto contuvo al enemigo, lográndose reorganizar y alentar de nuevo, de una manera verdaderamente milagrosa, un Ejército que había sufrido mucho y se retiraba en confusión, notándose que el enemigo contenía su impulso, y reconocía que nuestra retirada era de fuerzas bien ordenadas y disciplinadas. El General en Jefe hizo formar en columna de marcha su infantería, y se dirigió hacia Tlaxcala, esperando que si el enemigo lo seguía, podría librarle una segunda batalla en la ventajosa posición del cerro Blanco.

Mas antes de separarse del campo, y cuando ya su Cuerpo de Ejército caminaba salvo rumbo á Tlaxcala, el General Comonfort se sintió movido de esos ímpetus que ya son conocidos de sus compañeros de armas, y quiso lanzarse á la cabeza de cuatrocientos caballos sobre el enemigo; más cambió de parecer, y sólo con su Estado Mayor se decidió á precipitarse sobre los franceses, buscando una muerte segura.

En este momento los Generales todos que advirtieron este movimiento, se precipitaron á su encuentro y le cortaron el paso; mas como ni aun así podían contener al General Comonfort, el General O'Horán empuñó la rienda del caballo que montaba aquel, tomólo por el brazo izquierdo el General Echegaray, y por el derecho el Coronel Cañedo, obligándolo por la fuerza á alejarse de un punto que estaba ya ocupando el enemigo.

El Sr. Comonfort fué así arrancado del campo de batalla, derramando lágrimas que á todos conmovieron hasta lo más hondo del corazón, y se dirigió á Tlaxcala para de allí despachar á su Cuerpo de Ejército á San Martín.

A este punto llegó efectivamente á las seis de la tarde, después de haber conservado á la República un Ejército de suma importancia para ella en las actuales circunstancias, y habiendo dejado salva la honra nacional por medio de la defensa heroica del cerro de San Lorenzo, y por medio también de una de esas retiradas que suelen valer por sus consecuencias, tanto como la victoria. El Sr. Echegaray salió herido, aunque levemente, de una pierna."

Como se ve claramente por la relación que antecede, la derrota sufrida por el Ejército del Centro fué de aquellas que no causan vergüenza al valiente General que mandó la acción: la superioridad numérica por fuerza tenía que vencer al puñado de campeones decididos que desafiaron á la muerte con arrojo y con entusiasmo.

La conducta del Comandante Guerra fué sublime; la del General Comonfort nada dejó que desear.

En esa acción pelearon también como héroes los Coroneles Antonio Aldama y Celis y Francisco Mejía, patriota que había ya sufrido mucho en la guerra contra los americanos.

Francisco Mejía es también una de esas figuras simpáticas que empuñan la espada cuando la Patria está en peligro, abandonando los trabajos de Gabinete en que tantas veces ha servido al partido liberal: es uno de esos guerreros sin ambición y sin pretensiones que nunca ha hecho alarde de sus merecimientos como militar; es un patriota humilde que sólo viste el uniforme cuando la República está amagada.

La Patria le debe importantes servicios.

Como este rudo golpe á nuestra causa no debía ocultarse á nuestro país, el Ministro de la Guerra, apreciando como era debido las penosas consecuencias de este desgraciado suceso, expidió con fecha 10 de Marzo la siguiente circular:

*"Ministerio de Guerra y Marina.—Sección 1ª.—Circular.—*Los partes que ha recibido el Supremo Gobierno y que van adjuntos á esta comunicación, impondrán á vd. que han sido frustradas las operaciones que el Ejército del Centro trataba de llevar á efecto para prestar un eficaz auxilio á los valientes defensores de la heroica Zaragoza.

En la mañana de antes de ayer ha sido atacada la primera División de aquel Ejército, y después de un reñido combate sostenido con valor y dignidad, tuvo que ceder á la superioridad del número, retirándose el resto con la segunda y tercera División hasta el pueblo de San Martín.

El Gobierno ha oído los informes verbales que sobre esta desgraciada jornada le ha hecho el Ciudadano Coronel Estanislao Cañedo, jefe del Estado Mayor del Ciudadano General Ignacio Comonfort, y según ellos, nuestra pérdida ha consistido en cosa de 1,800 hombres entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, en 8 piezas de artillería y cerca de 200 mulas cargadas con víveres, que por la torpeza, mala fe ó cobardía de los arrieros, quedaron abandonadas ó extraviadas.

Sensible es en verdad este suceso por la muerte de muchos bravos servidores de la Patria, y por haberse frustrado el apoyo directo y eficaz que se iba á prestar al Ejército de Oriente, pero no ciertamente irreparable ni de más trascendencia que la de ponernos en obligación de esforzar nuestros trabajos para aprestar nuevos elementos de defensa, para continuar con energía y constancia la injusta guerra á que se nos ha provocado.

Alentado el Ejército invasor con el triunfo que ha obtenido, comenzó desde ayer á emprender su avance sobre nuestras antiguas posiciones, por cuyo motivo el General en Jefe del Ejército del Centro ha tenido por conveniente replegar sus fuerzas hasta el puente de Texmelucan, en donde se propone resistir en caso de que aquel avance continuare.

De todas maneras, vd. comprenderá lo urgente que es dar su más exacto cumplimiento á las diversas circulares que se han dirigido á los Gobernadores de los Estados, repetidas últimamente por la de 23 del mes anterior, relativas á que se remitan los reemplazos suficientes para completar el contingente de los mismos Estados; y ahora me ordena además el Ciudadano Presidente prevenga á vd., como tengo el honor de hacerlo, que ponga en marcha á la mayor brevedad posible, las fuerzas que tuviere organizadas, dejando únicamente las muy precisas para la conservación de la tranquilidad en los pueblos de su mando, y sin perjuicio de activar el levantamiento y arreglo de otras, que igualmente vendrán después á tomar parte en la campaña, para lo que no omitirá vd. diligencia ni sacrificio alguno, como lo demanda de su patriotismo el buen servicio público y la cooperación que todos debemos prestar para el triunfo de nuestra grandiosa causa.

Así demostraremos que el descalabro sufrido enciende más el espíritu público y que jamás el invasor llegará á conquistar los votos de un pueblo que odia su infcua intervención, y peleará siempre hasta quedar con su independencia propia y su soberanía.

Libertad y Reforma. México, Mayo 10 de 1863.—Blanco.

Aprovechando una oportunidad cualquiera, como por ejemplo la devolución de algunos prisioneros que se debían á la Guarnición de Puebla, en virtud del eange que antes se había pactado, el General Forey quiso dar á los

sitiados la noticia de su triunfo en San Lorenzo. En ese documento está condensada por decirlo así, la mala intención del General francés, quien pretendía sembrar la desesperación en todos los corazones. Lo supongo lleno de gozo al escribir la siguiente carta:

“Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del General en Jefe.—Número 2114.—En el campo delante de Puebla, á 9 de Mayo de 1863.—Señor General en Jefe.—La fortuna de las armas nos ha concedido ayer un triunfo importante sobre las tropas del Señor General Comonfort, dejando en nuestro poder un millar de prisioneros entre los cuales se encuentran 56 oficiales de todos grados. Me apresuro á remitiros los siete prisioneros que os debía, y los mando por la parte en que se presentó ayer el parlamentario que me trajo el pliego de V. E. Habéis elegido este punto, que supongo que os conviene más que cualquier otro, y mientras no me indiquéis lo contrario, por él será por el que tendrán lugar nuestras comunicaciones cuando sea necesario.

“Con el fin de que V. E. no sea engañado, (sobre el resultado del combate que tuvo lugar ayer en San Lorenzo,) por los diarios de vuestro país que disfrazan la verdad de la manera más escandalosa, tengo el honor de informaros, que independientemente de los mil prisioneros que hemos hecho, han sido muertos ó heridos otros mil.

“Han caído tambien en nuestro poder ocho piezas de artillería, de las cuales cinco son rayadas, tres banderas, once banderolas de guías, veinte carros cargados, cuatrocientas mulas, carneros y armas. El enemigo ha sido perseguido por larga distancia y derrotado completamente por la caballería.

“Tal es la verdad exacta del hecho de armas que no os refiero, sino porque tengo la esperanza de que contribuirá á abrir los ojos á los ciegos que se niegan á creer las leales intenciones de la Francia, que no quiere más que concurrir con los hombres sensatos de México á establecer el orden con la libertad en este desgraciado país, que arruina y desola la guerra civil. ¡Quiera el cielo, para el porvenir de México, que mis esperanzas no salgan fallidas!

“Recibid, Señor General en Jefe, las seguridades de mi alta consideración. El General de División, Senador y General en Jefe del Cuerpo expedicionario de México.—Forey.—A. S. E. el General Ortega, en Jefe del Ejército de Oriente.—Puebla.”

El General Ortega dió la siguiente oportuna y bien meditada respuesta.

“Cuerpo de Ejército de Oriente.—General en Jefe.—Zaragoza, Mayo 13 de 1863.—Señor General en Jefe: Tengo la honra de acu-

sar recibo á V. E. de su comunicación de 9 del corriente, con la que me fueron entregados los siete prisioneros que faltaban para el completo del cange, verificado en virtud de la convención del día 4 de este mes, y además quince soldados heridos que pertenecen al Ejército que mando, y que ya se hallaban en estado de convalescencia.

Doy á V. E. las gracias por el aviso que se sirvió darme relativo al combate que tuvo lugar en San Lorenzo el día 8 del corriente, y en el que la fortuna fué adversa á las armas de mi patria.

“Buenas y laudables, Señor General, serán las intenciones de V. E. y de la Francia respecto de México; pero á mi vez yo también me permito decir á V. E., consultando solo de una manera fría y glacial la verdad, y haciendo á un lado las afecciones, los sentimientos y el amor propio que tengo como mexicano, que la nación toda, en cuyo suelo nací, pasará por todo, *absolutamente por todo*, y sostendrá la guerra de una manera indefinida, ya sea de un modo regular ó irregular, menos por perder su independencia ó mancillar su honor, y esto último es nada menos lo que importa el que México admitiera la intervención extranjera en los negocios de su política interior.

Veo en la comunicación de V. E. un lenguaje franco, y por lo mismo, usando yo del propio idioma, tengo la honra de manifestarle, manifestación que verá V. E. cumplida en un tiempo no lejano, que toda la sangre francesa y mexicana que se ha derramado y siga derramándose en lo sucesivo, *será infructuosa* al objeto que se ha propuesto conseguir la Francia, pues sea cual fuere el poder de esa grande y culta nación, *no es tanto que pueda sobreponerse* á la opinión de un pueblo que ha protestado con su sangre ser independiente y libre.

Sírvase V. E., Señor General en Jefe, admitir las protestas de mi más alta consideración.—El General en Jefe del Ejército mexicano de Oriente.—Ortega.—A S. E. el Sr. General Forey, en Jefe del Ejército expedicionario en México.”

Entre tanto la situación en Puebla era cada hora más apremiante. A la puerta de cualquiera panadería y expuesto al fuego del enemigo, se aglomeraba el pueblo deseando cada habitante ser el primero en surtirse de aquel elemento indispensable para la vida; lo mismo pasaba frente á las carnicerías y lo mismo exactamente en las tiendas de abarrotes: después de mil fatigas y sufrimientos consiguientes á aquella especie de pronunciamientos en que cada habitante librara una acción para hacerse de comestibles á precio exajerado, el pobre pue-

blo se retiraba á lamentar en el santuario del hogar sus penas y sus dolores, porque su patriotismo no le permitió elevar una queja acompañada de manifestaciones hostiles, que hubieran hecho aún más comprometida la situación del Ejército.

Muchas familias de las clases media y pobre, resolvieron abandonar una población donde había tantos dolores que sufrir y tantas desgracias que lamentar, y al efecto organizaron una gran caravana para salir por la arquería del Carmen; pero el enemigo rompió sobre ellas sus fuegos, y aquellas víctimas se replegaron al centro de la ciudad: creyendo que por el punto que habían elegido salir, el invasor las confundía con el Ejército sitiado, cambiaron de ruta y tomaron con franqueza la llanura.

Elevando con una mano aquellas infelices gentes un pañuelo blanco á guisa de bandera y con la otra á sus pequeños hijos para causar conmiseración, abordaron el camino entre 3 y 4 de la tarde del día 12 de Mayo; pero el *humanitario* Ejército invasor que obedecía al plan preconcebido de hacer cada vez más violenta la situación de la plaza sitiada, con la frialdad y el indiferentismo del crimen volvió á romper sus fuegos sobre aquella peregrinación que hubiera sido respetada por corazones menos encenegados en el sentimiento odioso de la venganza..... Aquellas familias regresaron á la plaza llorando, sí; pero maldiciendo al verdugo.

Hasta el día 13 volvió á resonar el cañón del enemigo dirigiéndose en su puntería contra nuestras fortalezas como anunciando un ataque, y el General Patoni pidió entonces permiso al Cuartel general para salvar nuestras trincheras y lanzar un desafío á muerte á los sitiadores en sus mismas posiciones.

A cada Estado le tocó en la defensa de la plaza una parte de gloria imperecedera alcanzada por sus hijos. Ya